

ALTERNANCIA DE *f* Y *h* EN LOS ARABISMOS

POR

E. ALARCOS LLORACH

Bastante turbio está aún hoy día el problema de los resultados del fá árabe y de las espirantes *xâ*, *hâ* y *hâ* en castellano. Para examinarlo, nos encontramos con una serie de datos heterogéneos y desconcertantes; de un lado, las transcripciones romances de estos sonidos semíticos, que pudiéramos llamar científicas, en las obras de Alfonso X; de otro, las grafías de los arabismos en documentos jurídicos u obras literarias; finalmente la representación fonética actual en los arabismos vivos, sean apelativos, sean topónimos. Varias circunstancias contribuyen a embrollar el planteamiento de la cuestión: el desconocimiento casi total de la geografía de los préstamos árabes, así como el de su cronología; la dificultad de discernir entre arabismos cultos y populares, dada la diferente estima que a lo largo de los siglos han tenido; la influencia latinizante que debió ejercerse sobre los arabismos confundidos en la masa del vocabulario romance; lo espinoso de la distinción de grafía y pronunciación en los materiales medievales. Sin duda, representa un gran avance la labor de Steiger (1) y de Neuvonen (2); pero en

(1) *Contribución a la fonética del hispano-árabe y de los arabismos en ibero-románico y siciliano*. Madrid, 1932.

(2) E. K. Neuvonen, *Los arabismos del español en el siglo XIII*, Helsinki, 1941.

estos libros puede decirse que se nos presenta el material en bruto: cierto que Neuvonen intenta poner orden cronológico y hasta geográfico en los arabismos, pero es obvia la relatividad de esta clasificación basada muchas veces en citas únicas: ni todos los documentos en que se incluyeron arabismos se han conservado, ni todos los arabismos se pusieron por escrito en el momento de introducirse ni en la región que los adoptó por primera vez. La enorme masa que acumula Steiger es muy útil indudablemente, mas falta una conclusión clara a los hechos expuestos con tantos ejemplos; ello es debido seguramente al método positivista e histórico del autor, al hacer caso omiso del problema de «lengua» que ofrecen los arabismos, al no tener en cuenta las peculiaridades estructurales de las dos lenguas enfrentadas: la receptora, el romance, y la proveedora, el árabe. Esto es lo que parcialmente ha realizado Amado Alonso en un estudio admirable sobre las consonantes sibilantes (3). Ni la geografía, ni la cronología, ni las consideraciones de tipo cultural nos explican todo en este problema.

Resumamos, en primer lugar, las correspondencias fonéticas que establece Steiger, añadiendo los datos que ofrece la toponimia. (4).

El *fâ*. En posición inicial, su representación más frecuente es *f*, no sólo en la grafía medieval, sino también en los arabismos hoy vivos: *f î l* *alfil* (Libr. Açedrex) (5), *f â n î d* *alfênique* (J. Ruiz), *f u l â n* *fulano* (Fuero de Madrid, Berceo) *f a x x â r* *alfar*, *f a x x â r î n* *Alfajarín* (Zaragoza), *i b n f î q u h* *Abenfigo* (Teruel), *f â r i s* *Ferez* (Albacete), *f a r a j* *Farage* (Murcia), *f a r h a n* *Farfán* (Granada) *Faraján* (Málaga), *f a r a j* [*Aznal*] *farache* (Sevilla), *f a r h û n*

(3) A. Alonso, *Las correspondencias árabe-españolas en los sistemas de sibilantes*, en *RFH*, VIII (1946), págs. 12-76.

(4) Nos basamos en M. Asín Palacios, *Contribución a la toponimia árabe de España*. Madrid, 1940, y eliminamos, naturalmente, todos los topónimos pertenecientes a las regiones de habla catalana.

(5) Citamos entre paréntesis la obra o el año, cuando se trata de documentos, en que aparece cada grafía, según el libro de Neuvonen.

[Villar de] *Farfón* (Zamora), *f a y ð* [Villal] *feide* (León). Menos frecuente es la vacilación de las grafías *f/b*: *f a n i q a fanega* (Documento Toledo 1191) y *banega* (Conq. de Ultramar, Doc. Castilla norte 1274), *f u s t a q albócigo* y *alfóncigo*, *f u n d a q albóndiga* hoy, pero en lo medieval *alfondega* (Tumbo legionense 1033), *alfon-deca* (1115), *alfondiga* (1253), *f a h m i y i n Alamin* (Toledo) *Alaminos* (Guadalajara) pero en 1118 *Alfabmin* (6). En posición interior, por regla general el representante es *f*, sea cual fuere su puesto en la sílaba, antes o después de consonante, intervocálico o geminado: *ṣ i f r cifra*, *d a f l a adelfa* (Bocados de oro), *z a ° f a r â n azafrán* (Crónica Gral), *ṭ a r f â atarfe*, *Atarfa* (Toledo), *Atarsalillo* (Badajoz), *ḡ a ° f a r i y a Aljafería* (Zaragoza), *ḡ a ° f a r i n Ajofrin* (Toledo), *x a r ṣ û f a alcachofa*, *ṣ a n i f a cenefa*, *d â r a l - g u - r a y f a Daragolefa* (Granada), *ḡ a w f i y a Aljufia* (Murcia), *ṭ a r i f a Tarifa* (Cádiz), *a b û - l - ° â f i y a Albolafia* (Córdoba), *ḡ a f f â f a aljofifa*, *m u z a f f a r Almudáfar* (Huesca). Las excepciones son escasas: *ṣ i f r cero*, *m a r f a q a márfaga* (Crónica Gral.) y *marga* (Fuero de Soria, Crónica Gral.), *márrega* (Doc. Rioja baja 1289), *t a t a r atabarre* (Partidas) y *atafarrada* (Doc. Plasencia 1293), *q a f i z cabiz* y *cafiz* (San Juan de la Peña 1025, Fuero de Soria, Crónica Gral.) En posición final se desarrolla en general una vocal de apoyo: *l i ḡ â f alifafe*, *m u ṣ r i f almojarife* (Partidas; pero en 1081 *almoxerif*), *r a ṣ i f arrecife* (Crónica Gral. *arraçife*), *° a r i f alarife*, *a ṭ r â f [Castro] torafe* (Zamora), *i b n a l - ṣ a r a f Benaljarafe* (Málaga), *g u r a f Gorafe* (Granada); en alguna ocasión esta -f- es tratada como cualquier -f- intervocálica latina, y se ha sonorizado: *a ṭ r â f [Vegal] atrave* (Zamora); y muy raramente se ha perdido: *m a n ṣ a f Almanza* (León) y *Almansa* (Albacete). La transcripción alfoncina, en los nombres de las estrellas, utiliza *f*: *el-fard*, *cafret*, *elçefina* (7).

(6) Asín, op. cit., sub voce.

(7) Para la transcripción alfoncina, véase O. J. Tällgren, *Los nombres árabes de las estrellas y la transcripción alfoncina*, en *Homenaje a Menéndez Pidal*, II, páginas 633-718.

El *xá*. En posición inicial su representación fué variada: por la consonante velar sorda *c*: *x a y l alcailo* (siglo XII), *x â n â t 'alcaná*, *x a r š û f a alcachofa*, *x u ŧ a y f cotaiuesa* (Elena y María), *x u r û - a y n Alcorocén* (Córdoba), *i b n x a l i s Vencáliz* (Cáceres), *x u r û j Alcoroches* (Guadalajara); por la velar sonora *g*: *x a y ŧ guita*, *x a f a q â n algafacán*, *x a l a n j â n galingal* (L. Alexandre; según A. Castro, RFE, IX, 268, a través del provenzal), *x a r r û b algarrroba* (Doc. Avila 1269); por *f* más frecuentemente: *x a n ĩ a r alfange* (Gral. Estoria), *x a y y â ŧ alfayate* (doc. Toledo 1234, Libro de Engaños, Partidas), *x u r ĩ alforja*, *x a l l â b a falleba*, *x i l â l alfiler* (J. Ruíz); o con la vacilación *f/b*: *x u m r a alfombra* y *alombra*, *x a l a q a falagar* y *halagar* (Calila, Alexandre), *x a n d i q (a) Alfándiga* (Lugo) *Alfántega* (Huesca) *Albándiga* (Málaga), *Torre Albándiga* (Salamanca), *x a l i d [Castil]falé* antiguamente *Castrello de Hale* (León); y menos corrientemente fué representado por *b* (y hoy cero): *x a z â n a albacena* (siglo XIV) y *alacena*, *x â m albame* (Canc. Baena), *x a l û q i haloque*, y *aloque*, *x a y r i albeli* (siglo XIV), *x u š a y n ĩjén* (Málaga); esta *b* se confundió a veces con la *j* moderna: *Aljandaque* (Málaga), *x u m û s [Valde]jamuz* (León). En posición interna se representa por *c*, *g* o *f* cuando va agrupado con *r* o cuando junto a otra consonante desarrolla vocal de apoyo, en caso contrario desaparece ya en lo antiguo: *k a m x â camocan*, *ŧ a r x û n taragona*, *š a x r à Zagra* (Granada), *š a x r a Azagra* (Navarra), *s u x r a azofora* (1144) *azofra* (1069) *Azofra* (Logroño), *m a x z a n almagacén* (con vocal de apoyo) y *almacén* (Partidas), *m u x f i y a almofía*, *m u s t a x l a f almotalafe*; en posición intervocálica las posibilidades son las mismas, pero es mucho más frecuente la representación por *h*, y, en el caso de ir entre *ay-a*, la total desaparición: *r a x i š rafez* (Berceo) y *rabez* (Berceo: *rebez*; Lapidario), *m u x â ŧ r a mobatra*, *s a x i n a çabenas zabinas*, *d a x â l a adabala* (siglo XIV), *b u x û r albobol*, *m u x a d d a almohada* (Berceo), *s a l a y x a zalea*, *azalea*; geminado, el tratamiento es igual: *m u x x â ŧ almocatí*, *f a x x â r alfabar*, *alfar*. En posición final se conserva como *c* o *f*, si lleva vocal de apoyo; en

caso contrario desaparece: *isfinâx espinaca*: *manâx almanaque* (siglo XIV), *ṣayx jeque, xeque, zarnîx azarnefe*, pero *nâ-fix anafe*. La transcripción alfonsina utiliza siempre *b*: *albebe, aber, alabbia, elmoabar*.

El *hâ*. Lo más frecuente en posición inicial es la transcripción por *h* o *f* con vacilaciones: *hur r forro* (doc. 1074, Partidas) y *borro* (Biblia medieval: *aborrola*), *hâja alfaja* (Cid) y *albaja* (Gral. Estoria), *hatta ata* (Glosas Emil. y Sil), *adta* (doc. Cardena 945), *fasta* (doc. 1074. Cid), *hawz alfoz* (doc. 804: *foz*; doc. Oña 967: *alfoce*) y *alhoz* (doc. 1046, 1068). *hakim albaquin* (Cron. Cral., Libr. Astron.) y *alfaquin*, *hulla alfolla* (Cron. Gral.) y *albolla* (Cálila), *harâm alfareme* y *albareme* (Biblia), *hur r alforre* (Opúsc. Legales de Alfonso X) y *alborre* (J. Ruíz), *hanbal alfamar* (Fuero Alcalá, Crón. Gral.) y *albamar*, *harθ Alaraz* (Salamanca) y *Alfaraz* (Zamora), *hawwar [Billal] favar* y [*Villal*] *hovar* (hoy *Villalobar*, Logroño); algo menos frecuente es su representación por *h*, luego desaparecida o confundida con *j* moderna: *hinna albeña* (Lapidario), *harmal alharma* (siglo XIV), *hammâl alhamel*, *hazîn bazino*, *hâ'ik baique* y *jaique*, y los topónimos de Murcia, Andalucía, Extremadura y ambas Castellãs: *ibn hamûd Benamor* (Murcia), *hamma Albama* (Albacete, Murcia, Almería, Granada), *hiṣn Izn [atoraf]* (Jaén), *Azn [alfarache]* (Sevilla), *Izn [ájar]* (Córdoba), *Azn [arón]* (Ciudad-Real), *huṣayn Alocén* (Guadalajara), *hiṣân [Villa]bizán* (Burgos), *haja Agés* (antiguo *Haggege*, Burgos); menos corriente es su transcripción por *f*: *hajar alfarge*, *haja alfajeme* (Apolonio), y en la toponimia de Aragón: *hayyûn Fayón* (Zaragoza), *hawziya Alfocea* (Zaragoza), *hamrà Alfambra* (Teruel). En posición interna, junto a consonante, si lleva vocal de apoyo se representa por *h*, en caso contrario se pierde: *barî babari*, *kuḥl alcohol* (Lapidario; pero Alexandre: *alcoforar*), *rah l Arahal* (Sevilla), *ahmad [Villa]hamete* (Valladolid), *mahmûd Mahamud* (Burgos), *muḥtasib almutaceb* (Fuero Madrid) *almotacén* (Fuero Guadalajara), *mahṣiy a almeṣia* (doc. 919, Berceo), *fahṣallî Fazalî* (Almería),

a b d a r - r a ḥ m â n [*Poz*] *adurama* (León), d â r a l - m a ḥ ṣ a n *Daramazán* (Toledo), m a ḥ ṣ a n *Almazán* (Soria), m u ṭ ḥ a n a *almadana* (J. Ruíz), m a l ḥ a ṭ a *almalafa*; hay casos aislados de f: ṣ a ḥ r à *ṣafara* (Ayala Caza), f a r ḥ û n [*Villar de*] *Farfón* (Zamora); intervocálico desaparece ya desde tiempos antiguos o presenta vacilación f/h: ṭ a r î ḥ a *tarea*, ṭ a f â ḥ a *atafea*, s u ṭ a y ḥ a *azotea* (siglo XIV), pero l i ḥ â f *allibafe* (doc. 938) y *alifafe* (1050), b u ḥ a y r a *albuera* (Partidas), *alubera*, *albufera* (Partidas, Crón. Gral.), m a ḥ a l l a *almehalla* (doc. Huesca 1095) *almoballa* (Crón. Gral.) *almofalla* (Cid), ṭ a ḥ û n a *tabona* (Bocados de oro) y *atafona* (doc. siglo XIII, Sevilla, Zamora y Burgos), m u ḥ a b b a b *Mabave* (Logroño), m a r â ḥ i l *Almarail* (Soria). En posición final, con vocal de apoyo, da c, si no, se pierde: m a ṭ r a ḥ *almatraque* (Apolonio) *almadraque* (Hist. troyana), f a r a ḥ *alifara*, q a l ° a t - r a - b â ḥ *Calatrava* (Jaén, Ciudad Real). La transcripción alfonsina representa el ḥâ siempre con b: *hamil*, *albot*, *elmoblifeyn*, *ahedar*, *atabeya*, *arromb*.

El hâ. En posición inicial hay vacilación entre f y h desde lo antiguo: h a d î y a *alfadía* (leonés 1239), h u r y *alfoli* (Partidas) *alforí* (Fueros aragón), *alholí*, *alorín*, *algorín*, h i n d *alfinde* (Libr. Astr., Hist. Troyana) y *albinde* (Lapidario), b u r j *hârûn Bujaloro* (en el s. XV *Borjabaro*, Guadalajara), ḥ i ṣ n h â r û n *Aznarón* (C. Real), h a m â n *Alhendín* (Granada). En posición interior se conserva con vacilación f/h si desarrolla vocal de apoyo: r a h n *arrefén* (Partidas) *arrehén* (Fernán González), z a ḥ r *azabar* (s. XIV), ṭ a ḥ l î l *tabalí*, m i ḥ r â s *almirez* (s. XIV), r a ḥ j a l - g â r *rejalgar* (Calila), f a ḥ m î y î n *Alamín* (Toledo); intervocálico, lo mismo: j a w ḥ a r *aljófara* (Bocados), j a ḥ â z *jaez* (s. XIV), i b r â ḥ î m [*Vill*] *abrágima* (Valladolid), y a ḥ û d *Aliud* (Soria). En posición final, con vocal de apoyo, se representa por c, y en caso contrario desaparece: ṣ â ḥ *jaque*, f a q î ḥ *alfaque*. La transcripción alfonsina usa b: *elbacaa*, *albulba*, *iebbet*, *elmultebib*, *ennabr*.

Los cuatro sonidos árabes, al no corresponderse con otros tantos sonidos romances, fueron representados sólo aproximadamen-

te. El fâ era una fricativa sorda labiodental (8), el xâ una fricativa postvelar sorda (9), el ħâ una fricativa faríngea sorda (10) y el hâ una fricativa glotal (laríngea) sonora (11). Para representarlos, hemos visto que el romance utiliza *f*, fricativa labiodental sorda, *h*, aspirada sorda, *c*, oclusiva velar sorda y *g* oclusiva velar sonora, de esta forma:

EN POSICION INICIAL	EN POSICION FINAL	
	CON VOCAL DE	SIN VOCAL DE
	APOYO	
fâ	} f } h } c } cero
xâ c, g	
ĥâ f, h	
hâ	

(8) Avicena lo describe así: «Se verifica su articulación apoyando el labio inferior en la punta de los incisivos centrales y por allí pasa el aire, sin que la compresión que experimente llegue a ser retención completa» (Maximiliano A. Alarcón, *Precedentes islámicos de la fonética moderna*, en *Hom. a Menéndez Pidal*, III, pág. 306).

(9) Avicena señala: «Resulta su sonido de una fuerte compresión que tiene lugar en el límite que separa la garganta de la bóveda del paladar. Al dar salida al aire, éste produce una sacudida en unas membranas a las que empuja violentamente hacia adelante; cede la presión del aire, vuelven las membranas a su primera posición y, cuando están a punto de interrumpir la corriente de aire, son nuevamente empujadas por éste e impulsadas con fuerza hacia afuera en aquel punto, y así varias veces, mientras dura la pronunciación de la letra» (Alarcón, op. cit., pág. 301).

(10) Avicena: «El mecanismo de su pronunciación es análogo al del cayn, con la diferencia de que el innominado cierra algo más el conducto de salida del aire, y ya no ejerce la presión sobre la parte de la membrana que está fija, sino que se dirige hacia el borde exterior de dicha membrana, empujándola hacia adelante y haciéndola vibrar. Este forzado desplazamiento de una parte de la membrana es lo que da su fisonomía propia a la letra» (Alarcón, art. cit., página 300).

(11) Avicena: «Para la emisión de este sonido, tiene lugar una compresión análoga a la que se explicó para el hamza, en la forma y en el volumen de aire. Pero la retención del aire no es completa, sino que se verifica únicamente en los bordes del orificio de salida, dejando abierto el paso a la corriente de aire, la cual toca sobre los bordes de la epiglotis, de un modo uniforme, sin ejercer presión sobre el centro de la misma» (Alarcón, art. cit., pág. 300).

Fonéticamente, no eran equivalentes más que dos consonantes árabes con dos romances: el *fâ* y *f*, fricativa sorda labiodental, el *hâ* y *h*, fricativa sorda faríngea (aspirada). Los otros dos sonidos no podían ser representados exactamente, y los que fueron elegidos como representantes lo son sólo parciales:

El *xâ* tiene de común con *f* el modo de articulación (fricativos), la falta de sonoridad (sordos), el articularse en un resonador único (graves) (12), pero el primer sonido es postvelar y el segundo labiodental. Con *h* tiene en común el modo de articulación (fricativos), la falta de sonoridad (sordos), resonador bucal único (graves), posición posterior (posteriores), pero el primero es postvelar y la segunda faríngea. Con *c* concuerda el *xâ* en el punto de articulación (velares), la falta de sonoridad (sordos), resonador bucal único (graves), pero el sonido árabe es fricativo y el romance oclusivo. Con *g* tiene en común el punto de articulación (velares), el resonador bucal único (graves), pero el *xâ* es fricativo y sordo y *g* es oclusiva sonora.

El *hâ* tiene en común con *f* el modo de articulación (fricativos) y el resonador bucal único (graves), pero el primero es sonoro y laríngeo y el segundo es sordo y labiodental. Con *h* tiene de común el modo de articulación (fricativas), el resonador único (graves) y el punto de articulación (aspiradas), pero el sonido árabe suele ser sonoro y el romance es sordo.

Esto explica la preferencia de la transcripción alfonsina por representar estos dos sonidos con *h*; era éste el sonido romance que, sin ser igual, presentaba más caracteres comunes con el *xâ* y el *hâ* árabes. Los hablantes romances, personas no científicas, es natural que carecieran de este instinto inequívoco de los traductores alfonsinos; por ello, vacilarían en la elección del representante de

(12) Para la diferencia de consonantes graves y agudas según el carácter indiviso o dividido del resonador bucal, véase R. Jakobson, *Observations sur le classement phonologique des consonnes*, en *Proceedings of the 3rd. Intern. Congress of Phonetics Sciences Ghent 1938*, págs. 34-41.

estos dos sonidos, según reparasen en una semejanza u otra con los sonidos romances. Pero si la vacilación es explicable en la adaptación romance del *xâ* y del *hâ*, ¿cómo ocurre también lo mismo con la representación de los otros dos sonidos *fâ* y *hâ*, que tenían equivalente romance? Por otra parte, ¿cómo el castellano, que había sustituido la *f* inicial latina por la *b* aspirada, no hace lo mismo con el *fâ* árabe, y hasta representa por *f* las aspiradas árabes, en contra, al parecer, de sus tendencias fonéticas?

Aquí deben considerarse diversas circunstancias: 1) una parte del material sobre el que se basa la argumentación es una lengua escrita, literaria o documental, que originada remotamente en un dialecto arrinconado, el castellano, se transforma y amplía progresivamente en una «coiné» cancilleresca y literaria; 2) la otra parte del material son topónimos hoy vivos, que por tanto han sufrido una castellanización a medida que avanzaba la reconquista, y, en los siglos posteriores, las transformaciones anejas a toda la evolución del castellano en las diferentes regiones. De estas dos consideraciones, se deduce fácilmente que para la solución de los interrogantes hay que tener presentes las especiales características de esa lengua escrita medieval, y no en primer término las del dialecto castellano originario. Por otro lado, importa fijarse en otra circunstancia: 3) la mayoría de los arabismos más antiguos no debieron de ser introducidos por el comercio directo de musulmanes con castellanos, sino a través de cristianos algarabiados en tierras meridionales y de mozárabes emigrantes; éstos no repugnaban la *f* ni conocían la aspiración castellana; al adoptar los arabismos que los mozárabes aportaban, los cristianos setentrionales no se encontraban ya ante el problema de adaptar sonidos semíticos, sino que los arabismos venían ya vestidos de una fonética romance nada difícil de asimilar. Finalmente: 4) los topónimos árabes son sobre todo frecuentes en el sur; los de tierras más norteñas son probablemente no ya originados por musulmanes sino por repobladores mozárabes, y de ahí el hibridismo romance-arábigo. Y aún puede añadirse otra circunstancia: 5) los resultados de los so-

nidos árabes en romance no son *evoluciones fonéticas*, como los del latín, sino puramente *sustituciones o adaptaciones fonéticas* y más bien fonológicas; por ello, son innecesarias las largas disquisiciones que ofrece Steiger (13).

Veamos, pues, la posición de los dos sonidos *f* y *h* en la lengua medieval de los primeros siglos. El castellano primitivo substituyó el primer sonido por *h* aspirada en posición inicial ante vocal, de suerte que *f* quedó relegada como sonido en combinaciones con las líquidas; si esto sucedía así en la lengua oral, en la lengua escrita la tradición ortográfica y la aureola culta del latín mantuvo mucho tiempo la grafía *f*, hasta conseguir, con los siglos y cuando la reducida Castilla se amplió absorbiendo otros hablantes de distintas tendencias, que se conservara como tal sonido en algunos casos que perduran hasta hoy; pero en el sentimiento del hablante la substitución de *h* por *f* no comportaba ningún cambio de sig-

(13) Steiger, op. cit. págs. 218-224, presenta una historia bastante complicada de cómo la *f* labiodental latina se bifurcó en una *f* normal en gran parte de la península, y una *φ* bilabial vasco-latina en la antigua Castilla, la cual, a su vez se debilitó en una aspiración popular o se mantuvo como tal en la lengua culta, y esta variante, al fin, produjo los dos sonidos que existían aún en el siglo XVI: la aspiración *h* y la *f*, de nuevo labiodental. ¿Qué necesidad—ya que no indicios—hay de suponer una tal bilabial «vasco-latina»? Para Steiger, pág. 219, es la siguiente: «El hecho de que el *xâ* sólo en siciliano se reproduzca por *k* con perfecta regularidad, en tanto que el ibero-románico prefiere manifiestamente la *f*, nos lleva a sospechar que la *f* ibero-latina no fuese idéntica fisiológicamente a la actual *f* hispánica. De lo contrario no se comprendería que una fricativa labiodental constituyese el mejor substitutivo para la fricativa posvelar». Pero ¿en qué una fricativa bilabial es más próxima al *xâ* que la *f* labiodental? Según una fonética milimétrica será acaso una más próxima que la otra; pero fonológicamente, y acústicamente, no están más emparentados entre sí el *xâ* y la bilabial, que el *xâ* y la *f* labiodental; y hasta incluso esta última, por su mayor frotamiento, produce una impresión más semejante a la fricación posterior del *xâ*. Por otra parte, tampoco es *k* mejor substitutivo del *xâ* que la *f* labiodental; lo más característico del sonido árabe es sin duda su fricación fuerte, en que insiste Avicena; y no es chocante que los románicos se fijasen más en ella que en su punto de articulación postvelar, e intentaran imitarla con la fricativa más semejante que poseía su sistema.

nificación; fonológicamente, eran variantes de un solo fonema (14). Para los cultos, entre estas dos variantes había una cierta relación valorativa: la *f* era más culta, la *b* más rústica; ambos sonidos eran, pues, variantes estilísticas de un solo fonema. Esto explica que los colaboradores alfonsinos, mientras no confunden la una con la otra cuando las utilizan como «signos fonéticos» de los nombres árabes, empleen *f* en representación de las aspiradas árabes o *b* en representación del *fá* en los arabismos: *atabarre* en las Partidas, *alfange* en la General Estoria, *falifa* en la Crónica General, *alfolla* en la misma Crónica (frente a *albolla* en Calila), *albufera* en la Crónica General, *alfinde* en los Libros de Astronomía, etc. Ello explica también los casos de *f* por aspiradas árabes en los textos: los arabismos populares tendrían seguramente *b* en boca del pueblo, los escribas, por afán cultista, sustituirían esta *b*, desconociendo su carácter «etimológico», por la *f* culta. Muchas veces, esta presión culta, como con algunas palabras de origen latino, perduró y logró la conservación de una *f* hasta los tiempos modernos. Resulta, pues, que los arabismos que presentan *f* por *fá*, *xâ*, *hâ* y *hâ*, lo hacen por varios motivos: 1) porque fueron adaptados por hablantes no castellanos (mozárabes, etc.), y aquí deben incluirse los topónimos: 2) Porque la lengua escrita persistió en escribirlos con *f* hasta la época en que el castellano común ya no repugnó la *f*.

Queda otra cuestión: ¿por qué se utilizaron también, para transcribir las tres aspiradas, los sonidos *c* y *g*? Dos aspectos hay que distinguir: la representación por *c* del *xâ*, del *hâ* y del *hâ* finales, y la transcripción por *c* y *g* del *xâ* en cualquier otra posición. En el primer caso, debemos observar que el castellano, único dialecto que primitivamente conocía *b* aspirada, apenas la admitía en fin de palabra ni en posición intervocálica; así, ninguno de los cuatro sonidos árabes podía sonar en ese puesto, a los oídos castellanos, co-

(14) Para esto, véase mi «Esbozo de una fonología diacrónica del español» en Estudios dedicados a don Ramón Menéndez Pidal, tomo II, pág. 24.

mo *h* aspirada, sino como cualquier otro sonido con caracteres comunes a ellos y susceptible de aparecer en final de palabra o intervocálico: si se reparaba en el carácter fricativo de los sonidos árabes, se pensaría enseguida en *f*, que efectivamente aparecía hasta en posición final en el romance a consecuencia de la apócope, o, si se paraba mientes en el carácter posterior (velar) de los sonidos árabes *xâ*, *hâ* y *hâ* se pensaría en la velar oclusiva *c* (como hacen hoy día los italianos al intentar reproducir la velar fricativa española *j*).

En el segundo caso, el asunto es más complicado: ¿por qué no se representó siempre el *xâ* con la *h* castellana o con su equivalente culta *f*? Según Baist (15) y Steiger (16), *c* y *g* serían los sustitutos antiguos del *xâ* árabe hasta el siglo XII y después *f* (y *h*), pero esta afirmación no se basa en ningún dato concreto, ya que de los arabismos documentados antes del siglo XIII, sólo dos podrían fundamentarla, como indica Neuvonen (17): *x a z z alchaz* (que es gallego, doc. Celanova 942) y *x a y l alcailum* (doc. Eguílaz), mientras ya en esa época anterior al siglo XII existen otras transcripciones: *açofra* (1069), *alfamar* (1159). Acaso sería más sensato, para explicar la existencia de la sustitución del *xâ* por *c* y *g*, buscar razones geográficas, guiándose por la toponimia. Y veremos que ningún caso de *c* por *xâ* corresponde a región castellana (*Alcorocén* Córdoba, *Vencáliz* Cáceres, *Alcoroches* Guadalajara, *Zagra* Granada), sino a comarcas de romance originariamente mozárabe (o al menos no castellano). Podemos, pues, concluir, que los mozárabes (y demás hablantes no castellanos) fueron los que adaptaron los arabismos conservados hasta hoy con *c* y *g*; desconociendo un sonido fricativo postvelar más o menos parecido acústicamente al sonido árabe (como lo era *h* castellana), echarían mano para su sus-

(15) G. Baist, *Die arabischen Hauchlaute und Gutturalen im Spanischen*. Erlangen 1888, págs. 9-11.

(16) Steiger, op. cit., pág. 225.

(17) Neuvonen, op. cit., págs. 290-291, nota 3.

titución de los sonidos más vecinos: *c* o *g*, ambos velares aunque oclusivos. Y estos arabismos, adaptados a la fonética romance en boca de mozárabes, ya no presentaban ningún problema al ser aceptados por los cristianos setentrionales, que no se encontraban ya ante el desconcertante sonido *xá*, sino ante su adaptación *c* y *g*, sonidos familiares a sus oídos.

En resumen, los mozárabes, leoneses y aragoneses no contaban en su sistema fonológico más que con dos posibilidades de interpretar los cuatro sonidos árabes: *f* fricativa labiodental para el *fá* y las tres aspiradas, si reparaban en el carácter fricativo de estos tres últimos; *c* (o *g*) oclusiva velar, si reparaban en el carácter posterior de las tres aspiradas árabes. Los arabismos adoptados por estos hablantes romances, al pasar a la lengua castellana, no presentaban ningún problema: sólo la preferencia rústica por *h* y la culta por *f*, podía hacer bifurcar los resultados de los arabismos ya adaptados que contaban con *f*. Por otro lado, los arabismos adoptados en castellano por vía oral, utilizarían la *h* autóctona, los adoptados por la lengua escrita se inclinarían por la grafía culta *f*, ambos sonidos, en el sistema fonológico castellano, no eran más que variantes, y en ellos lo válido intencionalmente era su carácter fricativo sordo y su articulación por medio de un resonador bucal único e indiviso, con lo cual eran equivalentes acústicamente de los cuatro sonidos árabes, todos fricativos y todos también realizados por un resonador bucal único. Por qué en la lengua moderna ha prevalecido en unos casos la variante culta *f* y en otros la variante popular *h* (y luego nada), es cuestión aparte e independiente del problema de la adaptación de los arabismos; se debe a los mismos motivos por los que en el léxico de origen latino se ha consolidado una u otra pronunciación, a los mismos motivos por los que decimos *fiesta* y *hierro* y no *hiesta* y *fierro*.